

Oreidis Pimentel
Pérez

*Del críquet soy,
al béisbol voy*

Tras la misa, en inglés, en la iglesia bautista del batey, un grupo de trabajadores negros, con sus mejores ropas, regresa a casa.

De la mano de un adulto un pequeño hala instintivamente a su tutor, pero se contiene ante la mirada que lo corrige. La tentación del juego es una bandeja de plata para ese niño de padres jamaicanos, pero nacido en Cuba, porque ve en la calle, en aquel rincón, entre las casonas americanas del central, a otros niños pobres como él, mestizos, negros y blancos, que con un palo y una pelota de trapo disfrutaban mucho del béisbol.

En su casa, el abuelo con golpecillos de bastón no permite hablar en español, los cuentos infantiles y canciones son en la lengua materna. Sin embargo, los tíos y el padre juegan a veces un partido de críquet; cómo se parece ese juego al de aquellos niños! Las palabras son casi iguales, aunque la pala es más ancha que el palo que usan como bate los hijos de los macheteros y los mecánicos.

«Me gustaría jugar con ellos, pero ¿por qué los cubanos juegan pelota y mis tíos no? ¿Con cuál niño puedo jugar críquet? Creo que en el receso del colegio lanzaré strikes con ellos. En mi casa no se enterarán».

Puede ser esta la historia real de muchos antillanos en Cuba. De hecho, relatos parecidos escuché en el central Violeta y en Baraguá, actual provincia de Ciego de Ávila.

Los inmigrantes llegaron a nuestro país como mano de obra barata en tiempo de grandes zafras, con ellos trajeron costumbres deportivas, más refinadas en el caso de los anglófonos —según el espíritu *sportmanship* inglés— que contribuyeron a una mejor inserción en la práctica sistematizada del ejercicio físico como método social organizado según el estilo norteamericano de fomentar la lealtad corporativa.

En el caso de los haitianos la asimilación-transculturación hacia la pelota, como forma lúdica entre los trabajadores, no encontró barreras ni momentánea autoconciencia étnica que interpusiera prácticas que los confirmara como una cultura propia, diferente y, por tanto, en lucha por preservarse.

¿Cuál es el impacto de la presencia caribeña en el béisbol cubano? ¿Cómo las micro comunidades de emigrantes cambiaron sus prácticas deportivas hacia el béisbol? La pelota cubana cuenta con pocas investigaciones sociológicas que muestren a fondo sus aristas; la lobotomía cultural e histórica de la etapa anterior a 1961 privó por mucho tiempo de una cabal comprensión de fenómenos complejos.

Los bateyes e industrias funcionaban como núcleos orgánicos, allí la presencia de jugadores anglófonos, francófonos y sus descendientes tuvo un importante aporte.

En otras naciones, como Panamá y República Dominicana, el béisbol fue casi cuestión exclusiva de inmigrantes caribeños en los años cuarenta, en parte porque los contratistas norteamericanos llevaron a esos países a trabajadores caribeños cuyos descendientes, en contextos cerrados y muy «norteamericanizados», se nutrieron del béisbol como actividad colateral y posibilidad de ascenso social.

Santo Domingo ovacionaba a los hermanos Saint Claire y al jugador Bell. Panamá, gracias a la gran obra del canal, contó, en las décadas posteriores a la apertura de la vía marítima, con Pat Scantlebury, Victor *Pellot* Power, Austin, Mahoney, Bartwaite, Clauzel, Applewhite y Greenidge. Según escribía el cronista deportivo cubano Jess Losada en la revista *Carteles*, para la edición de la Serie Mundial de 1943: «el roster panameño está cuajado de frondosas ramas exóticas, frutos de injertos africanos en la cálida tierra antillana».

Cuba fue diferente porque el béisbol tenía un nivel mucho más alto, al extremo de manifestarse como un suceso nacionalista, sin

embargo no debemos subestimar el impacto del poblamiento antillano en la historia local.

Si el béisbol es el deporte nacional, no se puede hacer un fraccionamiento a partir de las Series Nacionales, sino hilvanar una evolución continua de sus componentes. Hay muchas más estadísticas que trabajos de corte histórico, sociológico o antropológico, aunque es peor en el caso del ostracismo al que estuvo sometida la mención o alusión del béisbol prerrevolucionario.

Dentro de los más de 7 400 jugadores que actuaron desde 1961, un 4,5 % tiene origen haitiano o de las Antillas Inglesas —solo valorando su primer o segundo apellido, o los dos a la vez—, y ya se sabe que la cifra puede ser mucho mayor, dada la costumbre de otorgar apellidos comunes a los haitianos indocumentados o analfabetos.

Hacia esa influencia nos adentraremos. La relación con la explotación cañera del norte de Oriente, el sur de Camagüey y Ciego de Ávila, y algunas zonas del norte de Las Villas, más los asentamientos cafetaleros en el alto Oriente, con los lugares de origen de los peloteros, no es mera casualidad. Baste decir que antes de 1961 un descendiente de jamaicano, Rafael Son Noble, ostenta el récord de jonrones en la Liga Cubana; y que otro, Cleveland *Chiflán* Clark, fue el tercer jugador negro en integrar un equipo Cuba.

Contexto deportivo

La frase del «triunfo del béisbol libre sobre el béisbol esclavo», luego de los momentos de efervescencia revolucionaria, se convirtió en un estigma que subestimó y minimizó el deporte nacional de la primera mitad del siglo xx. Con prejuicios, los líderes de la opinión deportiva consideraron que todo tiempo pasado fue peor, porque el profesionalismo tenía intrínseca la explotación. Sin embargo, ¿demonizamos al sistema o a las víctimas?

Durante todos los años antes del triunfo revolucionario el racismo estuvo presente en el béisbol aficionado. En esa etapa, los negros estaban destinados exclusivamente a una condición de profesionales, inferior entonces al estatus social de los jugadores blancos de la Unión Atlética Amateur de Cuba (UAAC), o a la aceptación de subempleos en centrales azucareros y dentro de las Fuerzas Armadas.

De 1920 a 1959 hubo presencia significativa de inmigrantes caribeños en los terrenos beisboleros. Ellos eran triplemente discriminados: por negros, no podían integrar asociaciones y clubes para blancos; por negros no cubanos, se supone recibieran menor pago como braceros;¹ y por no cubanos y no hispanoparlantes, permanecían apartados del resto de los afrodescendientes nacionales en los bateyes.

¿Qué era más factible, seguir en el barracón, el bohío, el cañaveral, la misa en inglés del sábado o el domingo o que algún vástago se abriera paso en lo que muy bien sabía hacer, jugar béisbol?

Los jugadores descendientes de jamaicanos y haitianos no han tenido emancipación: sus nombres fueron borrados de la memoria colectiva, de la memoria histórica, el peor de los castigos.

La década de los cuarenta, e incluso desde fines de los treinta hasta los cincuenta, es considerada por los especialistas como «edad de oro», gracias a la calidad de sus circuitos profesional y aficionado. Coincidieron grandes acontecimientos como la celebración de las primeras Series Mundiales Amateurs, la inauguración del Estadio del Cerro en franca competencia con el antiguo campo de La Tropical, el conflicto de contratos entre la Liga Mexicana y las Grandes Ligas, el declive de la barrera racial en Estados Unidos y la conformación del béisbol como un sistema organizado en torno a las Mayores.

La pelota amateur tuvo una efervescencia insólita de 1938 a 1946, incluso más que la liga profesional de la Isla, por los patrocinios que los equipos ofrecían a los jugadores (estipendio, beneficios sociales y participación en eventos internacionales) contra la inestabilidad de los contratos profesionales.

Sin embargo, la condición de aficionado, bajo férreas normas de pureza, se resquebrajaba ante las necesidades económicas y el poder de demanda de industrias y equipos de varias provincias.

¹ No está lo suficientemente documentado el hecho del menor pago a los braceros. Los pliegos probatorios conservados acerca de los pagos no ponen al descubierto discriminación salarial, pero atendiendo a los testimonios es casi obvio que los contratistas eran intermediarios que daban poco dinero a los antillanos en comparación con los convenios laborales originales. Ramiro Guerra afirma que los braceros costaban menos en Camagüey y Oriente, pero a base del costo de importarlos allí o de contratarlos en plantaciones que pagaban incluso menos a cubanos de otras regiones.

Un solo cobro por un partido fuera del idílico estatus amateur podía eliminar tal condición.

¿Qué se escribió o investigó en los bateyes y otras ciudades sobre lo acaecido antes de 1961? El béisbol en cada una de las actuales provincias guarda facetas inexploradas. La presencia antillana es una de ellas, como mismo puede ser la española (importante para explicar la participación cubana en las Grandes Ligas con certificados de «hombres blancos» antes de Jackie Robinson).

El béisbol patrocinado por los centrales azucareros estaba menos organizado que el resto de esa manifestación deportiva en el país. Con frecuencia su estructura de competición era regional, aunque la competitividad provocaba cada vez más contratos desde regiones distantes.

En los centrales actuaron jugadores asalariados, subempleados (aparecían en nóminas, sin embargo su pago era por jugar) y algunos torneos llegaron a tener un nivel profesional, dada la calidad y currículum de sus participantes.

Si bien en los bateyes no existía la exclusión racial en el béisbol — los equipos mixtos solo exigían calidad — los prejuicios clasistas sí eran muy marcados. En los centrales la organización urbana, de barrios y alojamientos para obreros, marcaba con mucho énfasis las diferencias de los grupos sociales.

El investigador Louis A. Pérez Jr. ha demostrado prolijamente que las empresas norteamericanas promovieron prácticas deportivas entre sus empleados como fomento a la disciplina, el trabajo en equipo y la lealtad hacia la compañía.

De diciembre a febrero había tiempo muerto, por tanto se jugaba pelota entre octubre y noviembre, aunque no se desdeñaban posibles partidos los fines de semana.

Si para varios sociólogos los centrales azucareros eran entidades económicas autárquicas, la lealtad al batey que provocaba el béisbol era eficaz método de control social.

Llegada de macheteros

La expansión azucarera generó una importante corriente migratoria, con distribución hasta 1931 en La Habana, como polo urbano, y Camagüey y Oriente como polos rurales.²

² Abel F. Losada Álvarez: «Cuba: expansión azucarera e inmigración. Una aproximación regional». Universidad de Vigo, p. 2. En www.unizar.es/eueez/cahe/abellosada.pdf

Es evidente que las grandes superficies latifundistas azucareras trajeron consigo un poblamiento alrededor de los grandes centrales y plantaciones. Por otro lado la mano de obra casi exclusivamente masculina contribuía a la potenciación de un deporte como el béisbol.

En las provincias de Camagüey y Oriente, la zafra de 1902 se pudo hacer con 4 500 macheteros, en 1913 hicieron falta más de 21 000 y la cantidad aumentó: según algunos cálculos, para la zafra de 1929 hicieron falta 90 000.³

Desde comienzos del siglo XIX, aunque en ese momento llegó sobre todo población de origen francés, entre 1800 y 1810 arribaron más de 30 000 personas huyendo del proceso sangriento por la independencia de Haití.⁴

Además, la existencia de estas redes llevó a que los inmigrantes antillanos se asentaran en zonas muy delimitadas: en Camagüey, los territorios de Ciego de Ávila, Jatibonico, Morón, Esmeralda, Florida, Nuevitas y Santa Cruz del Sur; en Oriente, las zonas de Banes, Puerto Padre, Antilla, Nicaro y Campechuela; todas ellas, zonas en las que se construyeron grandes centrales.

La antropología también se ocupa de los estudios sobre parentesco, cuestión que sirve de herramienta para explicar los puntos geográficos de evolución del béisbol, diferentes en cuanto a los inmigrantes haitianos y jamaicanos.⁵

En 1931, cuando el ciclo de la inmigración antillana había concluido prácticamente, el Índice Masculino en Camagüey para los nacidos en las Antillas era de 520, es decir, más de cinco hombres por cada mujer.

Para 1953 (último registro demográfico antes del triunfo revolucionario), el número de haitianos era de 27 543, manteniéndose altas cifras de hombres 23 945 (86,9 %) y un reducido número de mujeres 3 598 (13,1 %). Otras estadísticas muestran que, para la misma fecha, unos 60 200 debían sobrevivir.

Las memorias asentadas en el censo de 1970 mostraron que quedaban en el país 22 579 haitianos, de los cuales 19 977 eran hombres y 2 602 mujeres. Para los jamaquinos, con un total de

³ *Ibidem*, p. 11.

⁴ *Ibidem*, p. 22.

⁵ María Eugenia Espronceda Amor: *La inmigración haitiana y jamaquina: mezclas y estrategias de reproducción*, Universidad de Oriente, 2000. En <http://ojs.uo.edu.cu/index.php/stgo/article/viewFile/14500203/478>

6 257, se distribuyen hacia el primer grupo 4 260, y 1 997 al segundo.

En la provincia de Oriente resulta más difícil detectar la presencia haitiana a causa de la importancia tradicional de la *población de color*, añadido al hecho de que los municipios donde la población haitiana y jamaicana tuvo mayor peso fueron de creación reciente, como es el caso de Banes en 1909 y Antilla en 1924.⁶

Respecto a la población «de color» extranjera que se concentra en las provincias orientales, los índices son muy elevados, pues al tratarse de inmigración contratada para las plantaciones, los varones jóvenes son mayoritarios.

La oleada francesa-criolla (blancos) y haitiana (esclavos nacidos en Saint Domingue) del siglo XIX hizo que en el alto Oriente cubano, donde se introdujo el cultivo del café y del cacao, proliferaran familias con apellidos francófonos, incluso presentes en la oficialidad del Ejército Libertador, los cuales ya estaban en una generación muy lejana respecto a los inmigrantes originales cuando, a principios del siglo XX, el béisbol se convirtió en la actividad deportiva por excelencia en zonas rurales y urbanas.

Los «Pichones»

Benjamín Lowry fue uno de los toleteros más sólidos de la década de los cuarenta entre Las Villas y Oriente. Desde Jatibonico hizo historia con sus jonrones, que lo llevaron a un contrato como trabajador de las minas de manganeso de El Cristo, y a ser el cuarto bate del equipo de esa industria: Cuban Mining.

Ese año el «pichón de jamaiquino» impresionó a la prensa capitalina durante una gira por el estadio Caribe, recibió un gran homenaje en Santiago de Cuba, pero no fue preseleccionado al equipo nacional a la serie mundial aficionada. En La Habana se recibieron muchísimas cartas de protesta.⁷

Lowry, o «Lauro», como era nombrado por los jugadores, siguió luego con equipos amateurs como el Deportivo Avileño, Cromo, Sancti Spiritus (en la Interprovincial de 1944), Holguín, Chaparra, y saltó al profesionalismo en 1946 con el improvisado

⁶ J. Pérez de la Riva: «Los recursos humanos en Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad (1899-1906)», *Anuario de Estudios Cubanos*, (1): 11-44, La Habana, 1975.

⁷ J. Losada: «Documental de Oriente: Mineralogía al servicio del deporte», *Carteles*, 24(6), La Habana, 1943.

y fugaz Santa Clara de la Liga Profesional de Verano (LPV). La zona oeste de la Trocha aportó otros destacados y hoy desconocidos.

El batey del central Baraguá tuvo en Alberto *Pancho* Parris a su principal carta de triunfo del *pitcheo*. Fue convertido en lanzador en 1939, por el avezado receptor *Nono* de la Cruz, y gracias a la recomendación del doctor Álvaro de Álvarez formó parte del Deportivo Avileño entre 1942 y 1944, aunque a lo largo de su carrera alternó con muchos equipos de Camagüey, Oriente, Las Villas y Matanzas. Su virtud era la curva lenta y muchísimos sliders, un serpentinerero que mezclaba, movía y colocaba la bola.

A mediados de 1944 pasó a Sancti Spíritus en la Interprovincial (junto a Lowry); después estuvo con Guáimaro y con Morón-Pina (1946), donde con el director Ramón León fue *champion pitcher* de la Liga Azucarera (6-0). Alternó con el Punta Alegre (1949-1950), y en la Liga de Pedro Betancourt se desempeñó con el España y el Cuba.

Uno cuyo nombre no parece extranjero, pero todos aseguran que era jamaquino, es el avileño José Jorge Gómez.

Nació en 1919, en el barrio La Cuba, y falleció en 1956. Fue un fornido *infielder*, de gran ofensiva e inmejorable brazo, que a pesar de su color de piel estuvo en el *line up* de los Caballeros Católicos entre 1937 y 1938, con el central Stewart, el Deportivo Avileño, el Cuban Mining, el Contramaestre, el Regimiento 5 de las Fuerzas Armadas, el Víbora de la Liga Profesional de Verano en 1946, y hasta llegó a dirigir, en dualidad como jugador, a la selección Holguín durante un intento de torneo independiente.

Entre los *box score* de varios periódicos de Oriente y Camagüey aparecen importantes pistas:

Anderson, Sterling y Lander (Manatí), Horacio Watchte (Sancti Spíritus), Homero Leblanc y Ricardo Fenty (Violeta), William y Linton (Victoria de Las Tunas), Weekes (Morón), Smith (Nicaro), Honigan (Liga Oriente), Stanley (Minas de Ocuja), Lorenzo *Dogly* Paris (Báguanos), Dalfó (Tacajó), Crispín Jackson William (Vertientes) y Mc Dillon y Wilson (de Santiago de Cuba, durante una concentración de los Havana Cubans en 1952).⁸

⁸ Ver el periódico *El Camagüeyano*, 1938-1951.

Vertientes, en los cincuenta, tuvo dos casos. Uno fue el *pitcher* Andrés Barreras, *Mimisio Black*, de la colonia cañera La Clarita, quien en 1954 era el primer abridor; y el otro, Evelio Mustellier, *outfielder* incluso contratado en clase C en Estados Unidos.

Nótese cómo en el ejemplo de *Mimisio* el nombre oficial es en español y el apodo en inglés, cuando ningún tronco lingüístico se ajusta a su origen real, prueba de que era usual que los cubanos confundieran a los caribeños (cuestión que molestaba particularmente a los jamaicanos).

En Camagüey algunos me comentaron del caso del supuesto haitiano «Siny Wah», que resultó ser el joven Sydney Waught, del central Macareño, jurisdicción de Santa Cruz del Sur. Con 19 años y 200 libras de peso este zurdo fue contratado en 1946 para el Camagüey profesional, pero el día de su llegada al estadio Cigarros Guarina pagó la entrada como si se tratase de un espectador, ingenua novatada de quien aparecía en el *roster* de ese día.

Los equipos de Camagüey y Oriente tuvieron otro Sydney (Grant) en Series Nacionales.

José *Popeye* León, cienfueguero jugador del Cerveza Hatuey, Contramaestre, Cuban Mining, Vertientes y director por tres décadas de este último *team*, que lo sedujo hasta quedarse a vivir en el medio sur camagüeyano, me confirmó en una entrevista que: «Nunca conocí a jugadores y a gente más noble, educada y disciplinada que a los pichones de jamaquinos. ¡Todos! ¡Esa gente ni hablaba, chico! A Son Noble, Chiflán... a todos... José Jorge era una bellísima persona».

Para último dejo a los mejores «pichones», así se le decía a los de padres caribeños, pero nacidos en Cuba.

Cleveland Clark nació en 1919 en Victoria de Las Tunas. Su hermano Esteban también jugó pelota y llegó a México, pero fue Chiflán el de mejores resultados.

Es leyenda todavía que en algunos estadios de Oriente había carteles que anunciaban «Por aquí pasó Chiflán Clark», pues nunca nadie colocó una pelota más allá de esa marca.

Gracias a la implementación por Jaime Mariné de la Liga Interfuerzas Armadas desde 1935, cantera amateur de la liga profesional de invierno, muchos jugadores negros pudieron desarrollarse al margen de la racista Unión Atlética Amateur. Desde aquí Chiflán, con el Regimiento 3 de Santa Clara, tuvo el privilegio de ser el tercer jugador negro (junto a *Villa* Cabrera, y

antes, en 1940, Carlos Colás) en integrar un equipo Cuba, a la Serie Mundial Amateur de 1941.

Su carrera pasó de los semiprofesionales, con el club capitalino Orbay Cerrato, al Almendares, alternando entre 1945 y 1950 con los New York Cubans en la Liga Negra de Estados Unidos. Allí bateó 338 en 1947, año en el cual fue campeón en la Serie Mundial Negra contra el Cleveland Buckeyes.⁹ Un año antes había actuado por el Matanzas de la Liga de la Federación.

El otro grande, Rafael Son Noble, no tuvo amplio historial como jugador aficionado, pero sí llegó a las Grandes Ligas.

Nació en 1920 en el Central Hatillo, Contraamaestre (de allí que debutara en ese club). Sus casi seis pies y 200 libras se forjaron con la carga de sacos de azúcar de 325 libras.

Mucho poder el de Noble, sus jonrones en el estadio del Cerro eran larguísimos. Este es el recordista de bambinazos de la historia del béisbol profesional cubano: 71 cuadrangulares de por vida.

Comenzó tímidamente como profesional en los rojos del Habana, temporada 1942-1943, desde donde fue contratado para la receptoría de los New York Cubans (1946-1947, coincidiendo con Chiflán) con desaforada ofensiva de 404 y 302, aunque dejaba dudas con la mascota.

Estuvo dos años en Panamá con el Cervecería (a falta de cupo en la Liga Cubana), y fue a su retorno a Cuba, con el Cienfuegos, cuando explotó su talento. Mejoró su defensa, sirviéndole a Pedro Ramos y a Camilo Pascual. Estuvo allí hasta el final de su carrera en 1959-1960.

En los cincuenta pasó por los Cuban Sugar Kings, con Buffalo y Columbus, el Oakland de la Liga del Pacífico, hasta los Gigantes de New York, donde era catcher suplente de Wes Westrum. En tres temporadas con los Gigantes actuó en 107 desafíos y promedió 218, pero su mayor éxito fue la participación en el famoso juego de los Gigantes en el que Bobby Thompson conectó el jonrón que derrotó a los Dodgers en 1951.¹⁰

Noble se quedó a vivir en New Jersey, Estados Unidos. En su vejez perdió una pierna a causa de la diabetes y subsistía a duras penas. Falleció en el olvido.

⁹ Ver <http://www.NLPBA.com> y www.beisbolreference.com

¹⁰ Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba*, 3era. edición (español), Editorial Colibrí, Madrid, 1999, p. 471.

En Victoria de Las Tunas también hubo dos ejemplos de jugadores descendientes de antillanos que llegaron al béisbol profesional norteamericano y que paradójicamente no tuvieron grandes actuaciones en su patria como para hacerles merecedores de la fama.

Gracias al periodista tunero Juan Bautista podemos incluir en estas líneas a Orlando de Jesús McFarlane Quesada, simplemente, Orlando McFarlane —nacido en 1938 en el Balcón del Oriente, y fallecido en 2007 en Ponce, Puerto Rico—, quien, entre 1962 y 1968, participó en las Grandes Ligas con los Piratas de Pittsburg, los Tigres de Detroit y los Angelinos de California. Y también, al receptor Edwin Regis Simpson —nacido en 1927—, que pasó discretamente por el Marianao y los Bravos de Maryesville, Far West League, clase D, Estados Unidos, en 1948.

Hay incluso otros nombres de menos relieve, pero que marcan la verdadera integración de los grupos sociales al proceso de la Revolución.

Tierra y cielo

El cuento «La tierra y el cielo», de Antonio Benítez Rojo, luego llevado al cine por Manuel Octavio Gómez, con los protagónicos de Samuel Claxton y *Tito Junco*, muestra el proceso de transformaciones entre dos contextos de comunidades de inmigrantes: la mística y la materialista.

Por un lado la evasión era una forma de resistencia y enclaustramiento ante la discriminación, por el otro la llegada de la Revolución con inclusión de grupos sociales apartados.

Hacia la «tierra» fue el proceso de Pedro Limón, y con él podríamos situar a muchos jóvenes que pudieron transformar su realidad desde el béisbol o en las aulas universitarias.

De los más de 7 400 peloteros que han pasado por Series Nacionales, el 4,5 % posee orígenes caribeños: Anderson, Patterson, Bent, Nixon, Carter, Robert, Williams, Planche, Jackson... Según una búsqueda en la guía oficial de béisbol del año 2013, unos 138 peloteros poseen un primer apellido francófono o anglófono, 114 en línea materna y 86 con ambos apellidos. Todas las cifras pueden ser mayores.

El hecho de que casi no aparezcan haitianos en los nombres de antes de las Series Nacionales, y un poco más dentro del sistema deportivo revolucionario, no es determinante: gran parte

de los jugadores provenientes de las comunidades estaban inscriptos con nombres y apellidos castellanizados.

Hay buenos ejemplos: los camagüeyanos Andrés y Omar Luis Martínez, con los cuatro abuelos nacidos en Haití, y Teófilo Pérez Constante, cuyo padre tiene esa nacionalidad, o el joven espirotuano de nombre enrevesado Yoharislevis Panamá ('panamá' significa sombrero en creole). A juzgar por los apellidos no los hubiéramos colocado en ese grupo.

Además, muchos descendientes de otras islas ya perdieron ambos apellidos y desde fríos datos estadísticos se hace difícil aislarlos como muestra. El por ciento definitivamente es mayor que el número preliminar.

Tanto Santiago de Cuba como Guantánamo, y en menor medida Ciego de Ávila, mostraron por décadas en Series Nacionales la mayor cantidad de peloteros con apellidos foráneos y de origen caribeño, lo cual no debe confundirse con el origen probado de otros deportistas cuyos abuelos formaron parte de la mano de obra azucarera entre 1920 y 1930.

Según declaraciones de algunos beisbolistas contemporáneos, algunos no reconocen la pronunciación correcta de sus apellidos, y aunque saben que tienen su origen en naciones vecinas, prefieren y exigen se les llame de acuerdo con la grafía en español. Así lo han escuchado siempre, y así han conocido a sus familiares durante décadas.

Aquí influyen los errores de inscripción, muy usuales en la primera mitad del siglo xx, y la poca o ninguna referencia de francés o inglés en una población rural, que apenas podía escribir esos apellidos como se pronunciaban.

Peloteros importantes de Sagua de Tánamo, Guantánamo, Santiago de Cuba y Granma durante las Series Nacionales parece que nunca serán conocidos de acuerdo con la pronunciación correcta de su primer apellido. Ejemplos son Duboys por «Dubuá», Videaux por «Vidó», Southerán por «Sútheran», Despaikne por «Despein», Bonne por «Bon», Vaillí por «Bailí» o Gorgüet por «Yorguet».

Por lo general estos casos no representan la herencia de los grupos antillanos de la industria azucarera, porque son descendientes de generaciones mestizadas y absorbidas por los rasgos de la nacionalidad cubana.

Pedro Limón, el protagonista de «La tierra y el cielo», se mantuvo de pie ante las nuevas construcciones en su otrora batey

repleto de miserables bohíos con sus coterráneos. La confrontación entre pasado y presente demostraba el cambio, la inclusión en el nuevo sistema.

Los antillanos dejaron de ser eso, jugadores «pichones», para ser tan cubanos como el béisbol.



Los equipos mixtos de los centrales azucareros contaron con varios peloteros de origen antillano.



Chiflán Clark, junto a Rodolfo Fernández y Orestes Miñoso. Tres perlas de los New York Cubans y la primera con brillo jamaiquino



El avileño José Jorge fue uno de los «pichones» que hizo historia en los años 40



Omar Luis Martínez es uno de los muchos ejemplos de como los descendientes haitianos escalaron en la sociedad luego del triunfo de la Revolución